

*Textos cuya fuente original
fue ilocalizable*

Fuente original ilocalizable

El proyecto de recopilación de la obra de Carmen Lyra se planteó presentar al público la edición original de los textos, entresacada de periódicos o revistas de la época. De *Un gran civilizador costarricense*, *El Barrio Cothnejo-Fishy*, *Las nubes*, y *Palco de platea en el Cielo* no se pudo establecer esa fuente primaria y, por lo tanto, se presentan a continuación:

1/ *Un gran civilizador costarricense*

Aparece citado por González A., Ma. Nidia. (1996). *Carmen Lyra: Una voz callada*. Tesis de Maestría en Literatura. Sistema de Estudios de Posgrado. Universidad de Costa Rica, p. 384 y apunta que proviene del *Repertorio Americano*, (17), 7, 1928; dato que no corresponde con la revista. Por otra parte, en González, Luisa y Saénz, Carlos Luis. (1998). *Carmen Lyra*. San José: EUNED, se incluye una versión completa del mismo pero en la bibliografía no se cita, por lo cual esta resulta ser la fuente de donde se origina su difusión reciente.

1- Un gran civilizador costarricense

A principios de este siglo¹ era familiar para los habitantes de San José, encontrar en las calles de la ciudad, al doctor Durán en su volanta, coche de dos ruedas con su capota de fuelle y tirada por un caballo. Es que antes los médicos visitaban a sus enfermos, no en automóvil como ahora, sino en caballo o en coche.

El doctor Carlos Durán era entonces un hombre que había pasado los 50 años, de cara grande y figura maciza. Casi siempre usaba blanco y fino sombrero de pita.

¡Qué bueno hubiera sido que a los niños de esa época les hubiesen contado en la escuela que el doctor Durán era un empresario a la manera de Hércules, el de la mitología griega y que estaba metido en trabajos que han ennoblecido la vida del pueblo de Costa Rica! A los niños les habría impresionado mucho, por ejemplo que al enseñarles cosas de nuestra historia, les hubieran narrado aquella hazaña del doctor Durán, que consistía en haber encontrado al monstruo que debilitaba y mataba a nuestro pueblo. El monstruo al que me refiero es horrible, y todavía se le encuentra en muchos lugares de Costa Rica; pero ya no vive tan seguro como antes de que lo encontrara en su escondrijo el doctor Durán. Figuraos niños, que es un monstruo con una boca con ganchos como las brujas malas, que echaba un veneno que dejaba a la gente sin ganas de mover un dedo.

También sería muy bueno que los maestros enseñaran a sus alumnos que un verdadero patriota es un hombre como el doctor Durán, que dedicó su vida a dar sentido en Costa Rica a la palabra “Independencia”, al tratar de ennoblecir la vida del pueblo costarricense. Porque los niños de las escuelas, creen por lo que ven y oyen, que un patriota es un señor que pronuncia allá cada 15 de setiembre unos discursos muy sonoros, en los que a cada rato se oyen las palabras “patria” e “independencia”.

Pero no nos adelantemos y hablemos primero del caballero que descubrió al monstruo en su escondrijo, y se puso a combatirlo con el empeño y la tenacidad que ponían los caballeros de las leyendas, que se iban por esas tierras de Dios a acabar con el dragón que se comía los habitantes de una población.

El doctor Durán era de los médicos que no se contentan con escribir recetas con unos garabatos que nadie entiende y que se traducen en medicinas que saben muy feo. No, que fue un médico como deben ser los médicos, cuyo deber está en luchar, sobre todo, no con la enfermedad misma sino con las causas de las enfermedades que, muy a menudo, provienen de la miseria y de la falta de higiene.

También era él muy amigo de estudiar y leer los últimos libros y revistas que se publican en diferentes idiomas sobre medicina y cirugía, y de pasarse horas enteras mirando por el tubo del microscopio lo que había en los orines y en las heces de sus enfermos. Dicen que para la química no hay materia sucia.

Y ahora vamos a pasar volando sobre la vida del doctor Carlos Durán como unos pájaros sobre un territorio.

Veremos destacarse las montañas más altas, es decir los grandes hechos que llevó a cabo.

1 Se trata de inicios del siglo XX.

La madre y los dos niños

A los niños les parece muy extraño que las personas grandes hayan sido también chiquillos.

Cuando la guerra del 56, el doctor Durán era un niño de pocos años. Entonces San José, la capital de Costa Rica, era una ciudad pequeña muy sucia. Por todas partes se veían los montones de basura, desagües mal olientes corrían por media calle y no existían siquiera los horribles excusados de hueco. Las gallinas y los cerdos escarbaban los alrededores de lo que ahora ocupa el Teatro Nacional y la Catedral. No es extraño entonces que en una población tan poco limpia, la peste del cólera hiciera tantos estragos cuando la campaña del 56. En ese entonces el lugar en que se levanta el Edificio Metálico, era una laguna. Dicen que además de ser aquel un terreno bajo, los vecinos habían escarbado para hacer barro y fabricar adobes destinados a las macizas y anchas paredes de las casas. Parece que era éste un sitio húmedo en el que manaba agua a poca profundidad; además allí se depositaba el agua de la lluvia. Los chiquillos de los alrededores iban a La Laguna a navegar en un bote y a coger caracoles en las orillas.

Quizás el pequeño Carlos que vivía cerca de donde hoy está el Parque Morazán, iba con su hermanita Luisa a juntar caracolillos en las orillas de La Laguna. Porque el pequeño Carlos tenía una hermanita, la que, cuando yo escribo estas líneas, es una viejecita pulcra e inteligente, que se llama la niña Luisa. Ella es la que me ha contado muchos detalles de su hermano Carlos y también de su madre. La señora Ramona se llamaba esta admirable mujer que vivía prendida del trabajo para que a sus hijitos nada les faltara. Descendía de una familia Cartín de Heredia que dio unos herreros famosos en todo el país. Ellos habían fundido casi todas las campanas que desde la torre de los templos de Costa Rica llamaron en otros tiempos a los fieles a la oración; ellos fabricaron frenos con gran metal, ruedas de carreta, mazas para trapiches, aventadores de café para los beneficios, navajas finas para los gallos de pelea y centenares de los bueyes y bestias de silla y de carga que trajinaban por nuestros caminos, habían sido herrados por los Cartín. Me cuentan que a veces había filas de animales hasta de doscientas varas, esperando el turno de entrar en el taller de los Cartín para ser herrados. El yunque de la herrería madrugaba más que los gallos: comenzaba a cantar a las cuatro de la mañana y eran las diez de la noche y todavía se oía su sonoro tin tan por todos los ámbitos de la tranquila ciudad de Heredia.

De abuelos acostumbrados a domar el hierro, salió este nieto amigo del estudio y tenaz en su trabajo que continuó la obra civilizadora de sus antepasados que facilitaron la vida del pueblo al cual pertenecían, al proporcionarle útiles instrumentos de hierro.

La señora Ramona era también trabajadora incansable; pero sus materiales eran el maíz, la harina de trigo y el azúcar. Ella hacía grandes ollas de tamales de aliñada masa; canastas de rosquetes que se deshacían en la boca; redondos bollos de un pan dulce de corteza morena y tostada y miga amarilla a fuerza de yemas de huevo; rompopo espeso con su canela y su clavo que pasaba por el paladar como una gloria; unos peroles de confites por el estilo de los que venden en cartuchitos en las fiestas; unos confites grandes y blancos como azahares, con un corazón de canela o de cacao, de almendra, de marañón o de tostada semilla de chiverre. ¡Qué rico todo lo que hacían esta laboriosas manos de mujer! Y con el fruto de su trabajo sostenía a sus hijos a quienes nada les faltaba.

Me cuenta la niña Luisa, que la madre mandaba al niño con una cestita a comprar especias para las golosinas que confeccionada, al establecimiento de Velarde que estaba en una esquina que hoy ocupa el Almacén de Robert, y que al niño le gustaba pararse de camino a curiosear en la puerta de la escuela de la “maestra Reducinda”, contigua a la iglesia del Carmen. Seguramente le llamaba la

atención el canturreo de los chiquillos que aprendían b, a, ba, en la cartilla o que decoraban en el Catón. Y en la “escuela de las Redusas” aprendió a leer el muchachito, mediante una módica paga. Los josefinos llamaban la “escuela de las Redusas” a aquel primitivo templo del saber, regentado por dos viejas doncellas, una de las cuales se llamaba Reducinda.²

El estudiante

Tenía una madrastra muy buena que no era como las madrastras de los cuentos que son malas. Ella se había dado cuenta de que el muchacho era inteligente y que ganaba buenas notas en la escuela y en el colegio. Entonces se interesó que se le mandara a Europa. Si el padre, que era comerciante y quería que siguiera el mismo camino, se negaba a mandarlo, la señora vendería sus joyas y otros haberes para costearle la educación en el extranjero. Muy a menudo detrás de la vida de un hombre ilustre, hay una mujer que le ayuda: la madre, la esposa, la hermana, la hija. Pero el padre consintió, y el joven fue a Europa a estudiar para médico. Estuvo en Francia y en Inglaterra. En Inglaterra entró a trabajar en un hospital famoso, con médicos eminentes. Se distinguió tanto en sus estudios, que en una ocasión se ganó 40 libras esterlinas que ahora serían más de mil colones. ¿Y en qué creen ustedes que los gastó? ¿En divertirse? Pues no. Los empleó en comprar un brazalete para su madrastra buena, que había sido como una madre con él y a quien le debía la carrera de médico que estaba haciendo.

Regresó a Costa Rica por ahí de 1877 con un título de médico. Casó con una señorita costarricense que se llamaba Lola Quirós y fundaron un hogar.

El Hospital San Juan de Dios

Una de sus primeras empresas de médico que quiere cumplir honradamente con su deber, fue la de reorganizar sobre un pie más científico que caritativo el Hospital San Juan de Dios. En aquella época, este tan hermoso hospital que es uno de los mejores de América Central, apenas si ocuparía la décima parte de lo que hoy ocupa con sus amplios salones y sus bellos jardines. Figúrense ustedes niños que entonces no había allí sala de operaciones y los médicos cortaban piernas o brazos y abrían estómagos en las mismas salas de los enfermos, a vista y paciencia de éstos, que veían horrorizados correr la sangre. Tampoco tenía excusados de agua como ahora, sino unos excusados de hueco, hediondos y llenos de moscas y zancudos. El doctor Durán quizá pensó con angustia en todo esto mientras iba a visitar sus enfermos.

Había que construir más salones y una sala de operaciones y había que acabar con aquellas horribles letrinas. Se necesitaba también que hubiera un laboratorio para que los orines y las heces de los enfermos pudieran ser examinados a fin de que los médicos, supieran cuándo, por ejemplo, aquéllos contenían azúcar y éstas parásitos intestinales, lo cual les serviría de guía para el tratamiento que deberían seguir. Y la sala y el laboratorio se hicieron y las letrinas comenzaron a desaparecer, porque así lo quería la voluntad del doctor Durán.

El Asilo Chapuí

¿Creen ustedes que siempre ha estado en el Paseo Colón, el Asilo Chapuí con sus lindos jardines y sus pabellones? No, niños. Cuando el doctor Durán comenzó a ejercer la medicina, en ese mismo lugar no había más que solares y cafetales. Antes, a los locos los tenían en las casas amarrados con cadenas, como si fueran perros o andaban sueltos por las calles, perseguidos por la chiquillería o por los adultos ignorantes. Dicen que en una ocasión el doctor Durán tuvo que ir a visitar unos enfermos a la cárcel y que allí se encontró con unos locos dentro de una jaula de hierro. Y ya él no volvió a tener gusto. Había que hacer algo por los dementes. Allí estaba ante su conciencia de médico una nueva empresa; la de fundar un hospital de enfermos mentales. ¿Pero el dinero para llevarla a cabo? Fue en ese tiempo que se creó la Lotería del Asilo Chapuí que suministró los fondos para la realización de esta gran obra y también para ayudar al Hospital San Juan de Dios. En 1890, cuando el doctor Durán ocupaba la Presidencia de la República, se inauguró el asilo para dementes que él concibiera el día que vio en la cárcel pública los locos dentro de jaulas de hierro.

El Sanatorio Durán

¿Y sabían ustedes que el Sanatorio Durán se llama así porque fue obra de las empresas que concibió y llevó a cabo el doctor Durán?

En 1921 cuando era Diputado al Congreso de la República, comenzó a dar forma a su idea de un sanatorio para tuberculosos. Se escogió un lugar cerca de Tierra Blanca, en las faldas del Irazú. Hubo que comenzar desde limpiar el terreno hasta llevar los materiales de construcción con bueyes por aquellas veredas empinadas buenas sólo para cabras. Cuando ustedes pasen en automóvil por la magnífica carretera que lleva al Volcán Irazú, piensen en lo difícil que fue para el doctor Durán hacer subir por aquellas cuestas, la madera y el zinc para los primeros pabellones del Sanatorio.

Por fin, en 1928, se puso al servicio de los costarricenses y de la humanidad aquella fortaleza contra la enfermedad producida por un animalito microscópico que se llama bacilo de Koch.

La higienización de San José

En 1903 visitó el doctor Durán en los Estados Unidos una pequeña ciudad llamada Liberty que daba gusto de limpia y que tenía un magnífico servicio de cloacas. Se acordó de San José con sus malolientes letrinas, tan sucia y tan insalubre. Buscó al ingeniero que había contribuido al saneamiento de Liberty y se informó acerca de los tanques sépticos donde iban a parar las aguas contaminadas de la población y en donde éstas se vuelven inofensivas. Había que higienizar a San José. Y el doctor se puso a escribir desde allí para los periódicos de Costa Rica, en los que decía que era preciso acabar con las horribles letrinas que hacía tan insalubre la capital: que a su regreso metería el hombro a esa empresa. Y en efecto, cuando volvió se puso a la obra desde la Municipalidad de San José. Se hicieron las plantas para recibir las aguas sucias de la ciudad y se tendió la red de tubos de las cloacas bajo las calles. A partir de entonces, los hediondos excusados de hueco, comenzaron a desaparecer y la ciudad de San José se fue haciendo más higiénica. Después de eso, otras poblaciones de Costa Rica han emprendido su obra de saneamiento y han ido terminando con las letrinas.

La malaria o paludismo

El paludismo fue otra enfermedad que estudió el doctor Durán y contribuyó mucho a que los médicos se acostumbraran a examinar al microscopio, la sangre de enfermos atacados de fiebres, para saber si tenían o no malaria. Es que en la sangre de los palúdicos están los animalitos chirrisquíticos que producen las fiebres.

La anquilostomiasis

Y aquí vienen el encuentro y la lucha del doctor Durán con el monstruo de que hablé antes, y que mataba miles de personas en Costa Rica, después de haberlas hecho penar mucho tiempo.

Había en Costa Rica una enfermedad muy mala que estaba acabando con las fuerzas y con la vida de nuestros campesinos, decían que se llamaba “caquexia palúdica”. Un nombre algo ridículo para los que no sabemos de estas cosas. El pueblo llamaba “cansancio”, simplemente.

El doctor Durán pensó que no bastaba llamar “caquexia palúdica” a la enfermedad que estaba debilitando el pueblo costarricense. Morían muchos y se sabía que había más de 200.000 personas atacadas de ese mal. Podía ser una enfermedad infecciosa. A él se le parecía a la enfermedad que había atacado a los hombres que abrieron el túnel de San Gotardo³. Era producida por un animalito del grueso de una hebra de hilo y de un centímetro de largo, con una boca armada de ganchos, por lo que le había dado el nombre de anquilostoma que en griego quiere decir eso: boca con ganchos. Entonces, en vez de descansar en su casa cuando había terminado de visitar a sus enfermos, se ponía a mirar por el tubo del microscopio, las heces de los atacados de cansancio, o a estudiar los resultados de las autopsias hechas en los cadáveres de los que habían muerto de esta enfermedad.

Y mirando a través de los lentes del microscopio, dio con el monstruo.

¿Creían ustedes que se trataba de un monstruo más grande que la Catedral y que vomitaba fuego como los que matan los valientes de los cuentos? Figuraos que el monstruo a que me refiero, era también chiquitico como el anquilostoma, del grueso de una hebra de hilo, y de un centímetro de largo: pero con la tarasquita de bruja mala armada de cuchillas en vez de ganchos. ¡Y qué daño hacía no sólo en Costa Rica sino en todos los países tropicales! Un monstruo de cien cabezas no lo habría hecho mayor. Había machos y hembras que vivían muy contentos en el excremento, y las hembras ponían huevos como las gallinas.

Los huevos se podían ver muy bien en el microscopio y también su evolución. El doctor Durán comprobó que éstas no se desarrollaban en el agua pero sí en la tierra húmeda en donde se convertían en una especie de lombricilla que puede meterse en el cuerpo de la gente por los pies descalzos. Con sus filosas cuchillas hieren la piel y abren así puertas sin que nadie los oiga. Luego se escurren como unos ladrones que van a robar el tesoro de la vida humana.

¡Y qué activas son estas larvas que se meten en las venas y por ese camino suben al corazón y a los pulmones y luego pasan a los intestinos! Se prenden de las paredes de éstos con su boca armada de navajas como los asesinos, hacen heridas en ellos y echan un veneno que se va por la sangre y produce la anemia que acaba con la fuerza de los individuos. Este monstruo se llama en la lengua que hablan los científicos, *necatur americanus* que quiere decir “Asesino Americano”. Y a la medicina que dan para destruirlo se le da el nombre de *necatorina*. El doctor Carlos Durán había dado con la causa del “cansancio” en Costa Rica. Ya no se andaba a oscuras. El camino estaba abierto para combatir el

mal. Y no se contentó con descubrir la causa, sino que con aquella gran voluntad suya, emprendió una cruzada en todo el país para combatir el anquilostoma en donde estuviera. El gobierno del Presidente don Ricardo Jiménez le prestó eficaz ayuda en esta campaña antianquilostomática. Se montó un laboratorio para analizar las heces y se mandaron comisiones a los lugares en donde la gente estaba atacada de "cansancio". Dice el doctor Pupo que por datos que ha recogido fue el doctor Durán el primero en descubrir la anquilostomiasis en la América Tropical y en Costa Rica.

Pero todavía queda mucho por hacer y los niños de hoy tienen el deber de terminar la gran obra que inició el doctor Durán contra el anquilostoma. La miseria y la ignorancia han ayudado en gran parte a mantener vivo al monstruo de boca armada de cuchillas que se prende en los intestinos y echa su veneno en la circulación de la sangre.

Escuela de Enfermeras

Otra de las empresas del doctor Durán fue la fundación de la escuela de enfermeras.

Al ver en el Hospital San Juan de Dios que los enfermos eran cuidados por gente ignorante, pensó en la importancia de crear una escuela de enfermería y él mismo se puso a enseñar anatomía y fisiología sin cobrar nada. También el doctor Durán fue Diputado al Congreso de la República, Secretario de Estado y seis meses Presidente de la República.

Dicen que fue un buen Presidente de Costa Rica; que en este corto tiempo hizo por el bien de su patria lo que otros Presidentes no han hecho en cuatro años.

Y no crean ustedes niños, que todos sus trabajos fueron cosa fácil. Muchos obstáculos se levantaron en su camino, pero él los fue echando abajo o los fue rodeando armado de su gran voluntad.

Acabó su vida sobre el yunque

Un día al volver de su trabajo en la tarde, se sintió enfermo y murió pocos días después. Acabó su vida sobre el yunque.

Él decía que "el hombre que no trabaja no debe existir". Seguro que la gente que vive a expensas del trabajo ajeno, se le parecía a los parásitos que viven pegados a los intestinos de la gente.

Cuando murió, contaba con 75 años, había trabajado fuerte durante medio siglo. Y las grandes empresas de su vida fueron para mejorar la vida del pueblo costarricense.

2/ El Barrio Cothnejo-Fishy

Aparece citado por González A., Ma. Nidia. (1996). *Carmen Lyra: Una voz callada*. Tesis de Maestría en Literatura. Sistema de Estudios de Posgrado. Universidad de Costa Rica, p. 287; dicha autora da como referencia la Revista Caretas de junio 1923; por otra parte, Alfonso Chase también señala la misma referencia en *Relatos escogidos de Carmen Lyra*. Sin embargo, la Revista Caretas no forma parte de la colección de la Biblioteca Nacional.

I

El barrio

En este barrio voy a meter todas las debilidades humanas que me salgan al paso vestidas con un ropaje de importancia y honorabilidad.

Este barrio será algo así como el retablo de Maese Pedro.

El fundador de este barrio elegante de la ciudad fue un viejo llamado José Manuel Conejo, un usurero que cuando prestaba ciento era para que al mes le devolvieran doscientos cincuenta. A muchas personas arruinó, mutiló y mató su ansia de acumular dinero bajo sus manos. Pero cosa extraña: cuando más estrujaba al prójimo y maltrataba, mayor era su prestigio entre las gentes que ponen y quitan gobiernos y mayor el número de consideraciones de que lo rodeaba lo que llaman la buena sociedad.

Cuando la baja del café allá por el 1890 se quedó con las fincas de muchos de sus deudores. Y estas fechorías añadieron un gran brillo a su aureola.

Gustaba de contar que cuando joven, había andado con la pata en el suelo y jalando bueyes y que su fortuna la acumuló con su propio esfuerzo y con el sudor de su frente. Al decir esto último, acompañaba sus palabras con el siguiente gesto: pasaba el dedo índice curvado de su mano diestra por su frente calva, y luego lo chasqueaba con fuerza en el aire. Su hija, doña Ana Benita Cothnejo de Fishy, no gustaba de que su padre trajera a colación estas plebeyas memorias.

A un su compadre quitó don José Manuel Conejo, por medio de unos complicadísimos y tenebrosos enredos, las vastas propiedades que poseía al norte de la ciudad, que es el lugar donde ahora extienden sus pompas y vanidades de nuevo rico, el barrio Cothnejo-Fishy.

Fishy era un macho que arribó cuando era muy joven a Costa Rica.

¿Inglés, yanqui? Nunca hemos sabido con seguridad cuál fue su patria. Los que lo conocieron recién llegado, decían que entró al país más pobre que las ratas, con una mano atrás y otra adelante.

¿Cómo logró meterse en los dominios de Conejo? Dios los cría y el diablo los junta. El caso es que Fishy entró barriando la oficina de la casa Conejo y acabó casándose con la única hija de nuestro ricazo, Ana Benita Conejo, una muchacha con perfil de gallina y tan boba como una gallina.

Una vez casado, dijo Fishy que él era noble, algo así como marqués o barón. Se fabricó un árbol genealógico, habló de sus abuelos en un castillo no recordamos si en Escocia o en el País de Gales y, de repente, apareció en marcos, vajilla y papel de escribir, el escudo de la familia, que los entendidos en heráldica describían así: en campo azur un pez de oro nadando, y una leyenda en latín alrededor que los maliciosos traducían así: “Soy voraz como el tiburón”.

Del matrimonio nacieron cuatro hijos: dos varones y dos mujeres que salieron al extranjero y vieron mundo, lo cual disimuló algo la bobaliconada de estas acaudaladas criaturas.

Ellos se casaron con señoritas de la llamada alta sociedad y ellas con jóvenes también de la alta sociedad.

¿Qué importaba lo desteñido de las figuras y la tontería que anidaba en los lóbulos cerebrales de hermanos y hermanas, si detrás de ellos se extendían valiosos cafetales, millones en bancos extranjeros y títulos, acciones, etc., etc.?

El dinero, los viajes al extranjero, los enlaces y las nuevas relaciones con gente encopetada hicieron creer a los hijos de Mr. Jorge Fishy y doña Ana Benita Conejo, que habían ascendido hasta el cucurucho de la escala zoológica, y de aquí el invento de no llamarse más Fishy-Conejo. Eso de Conejo les parecía sumamente plebeyo.

Como no era posible suprimirlo, tuvieron una feliz ocurrencia de darle un aire inglés, y así le metieron una “t” y una “h” después de la primera sílaba y se armaron un Cothnejo que daba gusto, con un procedimiento quizás semejante a aquel con que el padre se había fabricado su árbol genealógico y su escudo nobiliario en el que se veía un pez de oro nadando en un campo azur.

Gracias a esas dos letras, embutidas con todo desparpajo en el plebeyo vocablo, quedó el apellido con una apariencia de inglés aristocrático: ¡Cothnejo!

Los terrenos robados por el viejo Conejo a su compadre, se dividieron en lotes que fueron bien vendidos a familias escogidas. Se trataba de hacer un barrio aristocrático, de gente decente, es decir que creía tener sangre azul en las venas. La parte N.O. la dedicó la familia Fishy-Cothnejo a levantar mansiones para alquilar a los diplomáticos. En su tontería creían que los diplomáticos son siempre personas decentes.

El barrio se llamó el Barrio Cothnejo-Fishy. Un barrio bonito al que siempre los *chaufferes* llevan a los turistas americanos: casas rodeadas de jardines, unas con aire colonial, techos de barro, ventanas con rejas coladas y unos farolitos en la puerta, otras con columnas, banquetas y fuentes de azulejos traídos de Cuba o de España, garaje, *hall*, arcos y demás serviles imitaciones arquitectónicas de otros climas que en nada toman en cuenta ni nuestro paisaje ni nuestro ambiente.

Como el entomólogo armado de lentes, pinzas, frascos con cianuro y yeso o con alcohol, etc., se va a cazar insectos y observarlos, así nosotros vamos al barrio Cothnejo-Fishy a examinar la forma y los hechos de las gentes distinguidas de un centro aristocrático ubicado en Costa Rica, un paisecito de Centroamérica de medio millón de habitantes que tiene mucho de Tarascín. Y los vamos a examinar sin pasión, como el entomólogo podría examinar comejenes, moscas, alacranes, mariposas, avispas, hormigas, cucarachas, arañas, etc., a pesar de la sangre azul que creen corre por sus venas y de la importancia que les puede dar el dinero.

La boda Castro-Cothnejo

Entre dos de las familias del aristocrático barrio se sucedieron inocentes intrigas para concertar una boda.

Él, Lucho (Luciano) Castro, es hijo de uno de los personajes más brillantes de la época, pues ha ganado grandes honores en los campos del robo y de la explotación legalizados: en incendios, lo cual llevó a su caja un chorro de miles de dólares (es verdad que se achicharraron varias personas, ¿pero eso qué importa?). También ha contrabandeado y como exportador de café ha ganado millones año tras año, mientras pagaba jornales miserables a sus peones. Pero, en cambio, doña Guzmán de Castro hizo erigir en la finca La Trinidad, de 300 manzanas, una capilla al Corazón de Jesús, que es una preciosidad del gótico. Es una iglesita llena de dorados y con unas lindas imágenes del corazón de Jesús y del Corazón de María, que dijérase acaban de salir de un salón de belleza, y que en nada recuerdan a los perseguidos y pobres Jesús y María del Evangelio. Además, en el centro de los patios del beneficio de la misma finca, la piadosa señora mandó colocar un Cristo Rey de mármol en actitud de bendecir todo aquello con su diestra, en la cual no se ve el hueco que dejara el clavo que horadó su mano de revolucionario enemigo de los fariseos. A espaldas del Cristo Rey, está la oficina en donde se registra el café que se recibe; ha de saberse que a menudo se engaña en la medida a los que llegan a entregar su café, naturalmente a favor de la insospechable firma Saturnino Castro Suc. Además, La Casa proporciona a los peones casa, plátanos y leña una vez por semana; les paga de modo que tengan lo necesario para no morir de hambre, y en Nochebuena reparten entre los peones cortes de zarzas baratas, camisas y pantalones de partida y muñequitas de a peseta entre los niños de los trabajadores. Por todas estas razones los peones creen que don Saturnino es un buen patrón y la familia entera tiene seguridad de que a la hora de la muerte la entrada en la gloria de Dios no se presentará como el hueco de la aguja del Evangelio, sino amplio como La Sabana.

La esposa de don Saturnino es una señora que juega y bebe. El *chauffer* de la casa cuenta que a doña Lolita solo el plebeyo ron le gusta. ¡Una aberración de persona distinguida! Esto sí, todo el mundo en el barrio finge ignorar los vicios de la honorable matrona. A veces, muy en la intimidad, comentan estas debilidades de doña Lolita, con más o menos malicia, según la inteligencia de los críticos.

Don Saturnino y doña Lolita son padres de dos hijos: un hombre y una mujer, ambos considerados como magníficos partidos, en lo tocante a matrimonio. Solo Lucho tiene tres autos, de los cuales el que menos vale es una cuñita monísima Packard, y lo de los tres autos es visto como una aureola por las niñas casaderas de buena familia y las niñas aspirantes a figurar entre la alta sociedad. Estuvo varios años en Europa estudiando para disfrutar de las rapiñas de su padre y volvió agotado, cínico, con veinticuatro años y la misma tendencia a las bebidas alcohólicas de su madre.

Ella, Cristinita Cothnejo, es también un magnífico partido. Su padre, el banquero Arnoldo Cothnejo Jiménez, maniobró en una ocasión con tal inteligencia, que hizo quebrar un banco que se llevó una gran cantidad de ahorros de pequeños burgueses económicos y él se ganó millones en la maniobra: contribuyó a la consumación de varios empréstitos que dejaron al país muy comprometido; tuvo que ver en cien negocios oscuros y hediondos, todo lo cual le valió en una ocasión la candidatura para la Presidencia de la República.

Cuando Lucho regresó de Europa de estudiar para parásito honorable de la sociedad, las familias Cothnejo Jiménez y Castro Guzmán movieron los hilos necesarios para concertar matrimonio entre Lucho y Cristinita, a lo cual se prestaron ambos jóvenes.

Cristinita Cothnejo recordaba a su abuela doña Anita Cothnejo de Fishy en lo del perfil de gallina y en lo boba que era. Pero su herencia y la frescura de una juventud rodeada de lujo la nimbaban de prestancia.

Por fin, un día, los diarios de la capital anunciaron los esponsales Castro-Cothnejo y sacaron las fotografías de los futuros cónyuges.

Las amigas de Cristinita organizaron un té de bibelots. Una de las organizadoras era una de las señoritas más pobres del barrio y la organizadora oficial de todos los tés de lino, de rosas, de bibelots que se dedicaban a las doncellas que se iban a desposar. Parece que se cogía el dinero que sobraba de la contribución, y que la pequeña rapiña le ayudaba a confeccionarse alguna *toilette* o a comprarse un sombrero o un par de guantes.

El té de bibelots resultó muy lucido y una dama entrada en años que tenía sus humos de literata, ofreció la fiesta a la novia. Al ver uno el montón de chucherías, se preguntaba qué iría a hacer la aristocrática señorita con tanto perrito, foca, pájaro, florero y muñequito de porcelana y de cristal.

¡Pobre sirvienta la que diariamente tendría que sacudir el polvo de aquellos cachivaches!

Las amigas más íntimas de Cristinita fueron nombradas damas de honor. Todas fueron elegidas entre las señoritas de primera de primera. (En las sociedades humanas pasa como en los barcos de lujo, que a veces no solamente hay de primera, sino que a menudo hay primera de primera). Estas señoritas de primera de primera, eran, en su mayor parte, hijas de verdaderos bandoleros que si no fueron a la cárcel o al presidio fue porque robaron de 10.000 pesos para arriba. Las elegidas damas de honor de Cristinita celebraron una reunión para ponerse de acuerdo en cuanto al traje que llevarían en la ceremonia: tela, color, figurín. Fue una reunión trascendental para esas criaturas.

¿Y los padrinos? Por suerte la familia de Cristinita no tuvo que recurrir a subterfugios como la de su prima María de los Ángeles Fishy que no contaba con herencia ni belleza. Por estas dos razones le habían sonado los veintiocho años sin marido. Cuando ya había perdido las esperanzas matrimoniales, se le acercó un joven de condición humilde que a fuerza de arrastrarse y de ayudar a su amor a obtener enormes ganancias por medio de esas pillerías que los partidarios del individualismo llaman “negocios inteligentes” había logrado alcanzar una envidiable posición.

El padre de María de los Ángeles, decía en tono laudatorio, refiriéndose a la carrera de su yerno que comenzó tan humildemente a hacer dinero y que gracias a su falta de escrúpulos y a su facilidad para arrastrar la conciencia, iba camino de la grandeza: ¡Es un **self made man**!

El caso es que la familia de María de los Ángeles, para no tener que exhibir a los padres y hermanas del que iba a ser marido de ella, entre el mundo elegante que habría de asistir a la boda, decidió que ningún pariente sería padrino, que habría solo una pareja de padrinos: la amiga más íntima de la novia y el patrón del novio, un tal don Estanislao Fonseca, uno de los ladrones más sin escrúpulos que han asaltado el tesoro público del país en complicidad con el Ministro de Hacienda. Pero, ¿quién iba

a reparar en ello? Con su plata había ayudado a subir a la presidencia a don Fulano y a don Zutano, y don Zutano lo estimaba mucho. Así se libraron de poner muchachas que no habían aprendido a hacer las monadas que hace la gente de alta sociedad para comer, procrear, abrigarse y dormir.

Cristinita y Lucho nombraron una interminable cola de padrinos, algunos de los cuales asistirían a la ceremonia por sí y en representación de un personaje que andaba por Europa o Estados Unidos.

El vestido de novia de Cristinita se pidió por vía aérea a Nueva York, a fin de que la desposada pudiera lucir en su noche de bodas uno de los últimos modelos creados por un modisto de renombre en el mundo elegante.

III

De cómo se concierta la continuación de la especie en un barrio aristocrático

Siguiendo la costumbre en la gente de buena sociedad, los amigos de Lucho dieron a este una comida de contribución para despedirlo de su vida de soltero. Fue una gran comida en cuyo costo tomaron parte casi todos los hombres jóvenes del barrio, los unos con dinero propio, los otros trampeando al prójimo.

El banquete tuvo lugar en el hotel de moda de la ciudad. Fue acontecimiento de alto mundo, del cual se ocuparon mucho los periódicos, que publicaron hasta el menú y la lista de vinos. Desde antes de sentarse a la mesa, ya todo el mundo estaba borracho. Probablemente no se dieron cuenta de la serie de platos con nombres franceses que fueron servidos.

La cristalería y la plata de los cubiertos chispeaban bajo la profusión de luces, mientras la orquesta tocaba las piezas de moda y las carcajadas y las botellas al ser abiertas estallaban en el aire.

Mientras bebían y comían se lanzaban bromas obscenas y se contaban cuentos picantes de los viejos del barrio, de las señoritas y matronas. Los mismos hijos, hermanos y maridos, se burlaban de sus respectivos parientes. Había derroche de cinismo elegante, lleno de buen gusto.

Al mismo tiempo que el novio se emborrachaba rodeado de sus amigos, la novia estaba en su casa, en una alcoba virginal, rodeada de sus amigas, perdida entre las sedas, tules y encajes del *trousseau* pedido de París y que costaba quince mil colones.

En cada mueble, pilas de piezas de los últimos estilos: pijamas de recibir, pijamas de dormir, ropa de cama, mantelería, cortinas.

En un sillón, el traje de novia, albo, inmaculado y en su estuche la camisa de dormir que había de llevar en su noche de bodas, hacía pensar en una nubecilla adornada con un ramito de azahares

simbólicos. Las aristocráticas doncellas bromeaban maliciosas y se contaban anécdotas subidas de color que las madres y los padres de las respectivas criaturas, no hubieran creído que pudieran salir de las bocas en flor de sus hijas.

Cada uno de los amigos de Lucho, que dicho sea de paso era uno de los más borrachos estampó en una de las tarjetas del menú su firma: dos poetas escribieron unas redondillas alusivas en las que hablaban de las ilusiones de Lucho y de Cristinita y del cielo azul que cobijaría su amor, y la enviaron a la novia con el gran ramo de rosas que adornaba la mesa, Cristinita recibió las flores emocionada, las flores le parecieron frescas y lindas. ¿Quién podía decir que venían de un ambiente de borrachera y que carcajadas y bromas soeces las habían pringado de saliva?

A medianoche, algunos de aquellos distinguidos jóvenes habían rodado bajo la mesa, la conciencia perdida en el alcohol; los otros se fueron en automóvil a terminar la noche en una hostería de las afuera de la ciudad.

La hostería era una casa de apariencia inofensiva, pero con un interior sórdido, con unos zaguanes oscuros; por una puerta entreabierta se veía un cuarto con una cama en desorden y sucia en donde dormía un niño de meses con los puñitos apretados bajo el cuello y una mesa en la que un candilito de aceite velaba ante una litografía de la Santísima Trinidad en un buen marco dorado. En el comedor, mesas cubiertas de manteles manchados, con sendos floreros derrengados en compañía de chileros en botellas de encurtidos. El cielo raso estaba adornado con guirnaldas de papel de colores desteñidos y sucios. Rondaban por allí mujeres quemadas por el vicio, vestidas de trajes de un brillo de mal gusto, la cara pintarrajeada. La música de un **jazz** pirueteaba desganada por aquellos pasillos oscuros y ponía en movimiento de una libidinosidad grotesca a unas parejas. A ese lugar fue a parar la pandilla formada por jóvenes de la crema y nata de nuestra sociedad...

Allí siguieron bebiendo y prostituyéndose el cuerpo y el alma.

Allí cogió Lucho aquella sífilis que treinta años más tarde le produjo la parálisis general que se lo llevó hecho un idiota a la tumba, a pesar de sus maneras que nunca desentonaron en un salón o en una mesa en donde se consagra a una persona como cosa distinguida, o como cosa vulgar, según se conduzca a la hora de comer por ejemplo los espárragos. Así se preparó aquel señoritingo de familia de rango, para celebrar su matrimonio. La sífilis que adquirió esa noche fue la causa de los abortos de Cristina, del niño que dichosamente naciera muerto y que, aunque era de tiempo, tenía los ojos, las manos y los pies a medio desarrollar. Fue una sífilis que todavía se presentó en los bisnietos de Lucho y Cristinita y que se manifestó en ojos que eran como fuentes de pus, en sorderas, en narices mal olientes, en paladares hendidos y labios leporinos, en raquitismos, obesidad, gigantismo, corazones enfermos, en abortos de carne macerada, y en todas esas monstruosidades, locuras y deformaciones que deshielan el pensamiento cuando se medita en ellos.

Lucho y sus amigos estuvieron en la hostelería hasta la madrugada. Los **chaufferes** los sacaron en brazos hechos unos brutos, que regoldaban alcohol y lujuria. ¡Puah! Los **chaufferes** que no son gente santa los echaron con asco en los carros y los fueron a depositar en sus respectivas mansiones, la mayor parte de las cuales estaban situadas en el aristocrático barrio Cothnejo-Fishy.

El día de la boda, la residencia Cothnejo-Bonilla parecía cosa de **Las mil y una noches**, según dijeron los cronistas de moda; los jardines hacían pensar en cuentos de hadas. Todo estaba profusamente iluminado, entre los macizos de plantas florecidas, había mesitas de confituras. Los salones

rebosantes de flores, luces, damas y caballeros de nuestro mundo elegante. Allí estaban congregados todos los que creían llevar en las venas sangre azul.

A cierta señal, la orquesta rompió con la Marcha de Tannhauser y se inició el desfile: unas niñitas vestidas según la moda de no recordamos cuál imperio, aparecieron cuando las puertas del gran salón se abrieron, cada una con su azafate en donde iban las arras y los anillos; seguía el señor obispo lleno de sagrada pompa y luego unas niñitas con alitas en los hombros, regando de flores la senda de los que se iban a desposar; tras ellas las damas de honor vaporosas y armadas de pies a cabeza como trampas encantadoras de cazar marido; inmediatamente después venía la novia que hacía pensar en una azucena con su traje venido en aeroplano y el rostro nimbado por el velo y los azahares, del brazo de su padre, el honorabilísimo don Pedro María Cothnejo rodeado de la aureola de prestigio que le daban las riquezas acumuladas a fuerza de engañar y explotar al prójimo, y a continuación el desfile de madrinas y padrinos, entre los cuales no había una persona que no se sintiera en el peldaño superior de la escala zoológica.

El obispo leyó con su voz de persona que va para la infalibilidad, la Epístola de San Pablo; la sonrisa de la novia era una flor nacarada que se abría entre un campo de nieve (así dijo el cronista de moda en la página que escribió sobre la fiesta); el novio sonreía también despreocupado y galante; todo el mundo sonreía... Y entre las venas del aristocrático novio, acechaba como un espectro el treponema pálido de Schaundinn- Hoffmann, es decir, el bacilo que produce la sífilis. Y ante los nuevos cónyuges se abría el camino que espera a todo matrimonio del corte de los que se verifican en el barrio Cothnejo-Fishy: vivir en una casa en donde el servicio mantiene todo limpio y los azulejos brillantes, si es que hay azulejos, y los bibelots sin polvo; conversaciones femeninas sobre el honor de las otras mujeres y sobre la infidelidad de los maridos, conversaciones masculinas sobre política burguesa y sobre negocios, comentarios alrededor del último enfermo que se fue a operar a Panamá o a Rochester donde los hermanos Mayo; en la mañanas bañarse en las piscinas de moda; jugar tenis, tés, automóvil, artistas de Hollywood, de noche jugar **bridge**, bailes de fantasía infantiles y otros entretenimientos por el estilo.

Los diarios ocuparon varias columnas en la crónica de la fiesta con la lista de padrinos, de damas de honor, de regalos, etc. Lo que no dijeron fue que entre la distinguida concurrencia hubo personas que se llevaron, como cualquier ladrón vulgar, las cajas de confites y algunos objetos de valor, y que jóvenes de muy buena familia asaltaron la cantina, se emborracharon y se llevaron consigo botellas de **whisky** y de **champagne**.

IV

De cómo se mata el tiempo en un barrio aristocrático de la América Central

El barrio Cothnejo-Fishy es un barrio alegre y confiado. Ninguno de sus habitantes parece tomar en cuenta la vida que se agita más allá de la frontera imaginaria que lo separa del resto del país. Más interés tienen para estas gentes las nimiedades que ocurren en los barrios aristocráticos de otras latitudes, que las tragedias y dramas que pasan a pocos pasos de ellas.

Si no hubiera allí tanta cursilería y esnobismo, ese barrio se habría podido comparar con la quinta en donde se narraron los cuentos del Decamerón; mientras a dos millas la peste recorría la ciudad de Florencia sin respetar niños ni viejos, sabios ni ignorantes, los cerdos hacían banquetes con los cadáveres que encontraban en las calles y al sacar el hocico de la macabra pitanza, caían muertos a su vez. Pero creemos que habría sido imposible hallar por aquellos dominios una ingeniosa Pampinea o un caballero espiritual como los tres del prólogo de los cuentos de Bocaccio.

En fin, cada uno hace lo que puede, y los vecinos de nuestro barrio matan el tiempo a su modo, como a su modo lo mataron las siete damas y los tres caballeros florentinos. Si aquí no hay después del sueño, las comidas y la siesta, cuentos picarescos narrados sobre un tapiz de hierba florida, hay en cambio té servidos con todas las reglas del buen tono, saraos, bailes corrientes, bailes de fantasía, partidas de *bridge*, pilas de natación, campos de tenis y de básquet, té de costura además de la misa que se oye en el templo los domingos y a la que se va rodando en automóvil. Fuera de los dominios del barrio, bien pueden la enfermedad y la miseria acabar con el prójimo. En primer lugar, todos somos de la muerte y en segundo, Dios es el que permite que haya ricos y pobres. ¿Cómo oponerse a los designios de la providencia, sobre todo cuando esta lo ha colocado a uno entre los primeros y no entre los segundos?

Un té

El mismo día, esto es los martes, en que la santa doña Lolita da una candela, un bollo de pan y a veces un cinco a cada uno de los mendigos que llaman a las puertas de su caridad, la señora de la familia de los dinosaurios, ofrece un té a sus amistades.

Como los códigos del buen tono aseguran que no hay nada que revele más la distinción y exquisito gusto de una ama de casa, que un té servido, esta señora se esmera siempre en pasar por una

dama distinguida ante los ojos de los huéspedes. En cambio, no le importa un comino la opinión de sus criados puedan tener de ella, y la verdad es que estos no la tienen por dama distinguida. Lo curioso es que cuando ella ha creído quedar mejor con sus convidados, hay señoras de esas que están al corriente de cuanto innovación se introduzca en las distracciones de las millonarias yanquis o de las estrellas de Hollywood, que salen murmurando porque puso tapetitos de encaje cuando ahora se usan bordados o viceversa.

Y esta señora que no se preocupa de si a la cocinera y la de adentro y el muchacho de mandados les atrasa el sueldo hasta dos meses, que les rebaja el escaso sueldo cuando quiebran alguna pieza de vajilla y que los trata como si fuera un águila y ellos unos míseros gusanillos, es la misma que sigue al pie de la letra los consejos que ha leído en las revistas acerca de las reglas que se deben tener en cuenta para todo lo que se refiere a tomar el té como una persona de buen gusto; también procura imitar a Fulanita y a Zutanita que han estado en París tomando el té con la condesa y la marquesa cual. Y así, la mantelería de lino es bordada y calada a mano con todo primor; la porcelana auténtica del Japón, ella misma la compró en una tienda de japoneses en Panamá; el servicio es de plata; los platoncitos y canastitas para dulces, de cristal tallado y los floreros y jardineras, verdaderas joyas de cristal y plata. Sabe que la tetera debe colocarse a la derecha de la persona que sirve el té y las tazas y platos a la izquierda, y que las asas deben quedar vueltas hacia la persona que sirve, etc.,etc. ¡Si la pudiera ver su madre que de Dios goce, cuán contenta se pondría! Cabalmente esas cosas eran las que la difunta deseaba para su hija.

Ahora la señora ha dispuesto que el té se tome en el vasto *hall* y cuando el carrito con el servicio hace su entrada en la gran pieza llena de invitados, se podría quedar bien con ella, diciéndole que aquello recuerda las entradas triunfantes de los emperadores en Roma. En tal momento el servilismo distinguido de esa mujer anhela echar mil manos para quedar bien con cada uno de sus distinguidos convidados. En la parte superior del carrito, el servicio de té y en la parte inferior las bandejas con los queques. Sobre el tapete, violetas o pétalos de rosa con artístico descuido. Y por doquier, sándwiches, frutas azucaradas, rosas en las jardineras colocadas en un modo que la señora y las hijas han juzgado lleno de arte, ramitas de espárrago, quequitos y palabras y gestos rebosantes de almibarada cortesía. La radio deja oír los valeses o *foxes* a la moda de cualquier estación transmisora y entre la música, el murmullo de la animada conversación.

Con frecuencia se formaban bandos entre los invitados: hoy es el bando de las personas que han viajado a Europa; y el de los que no han viajado a Europa; el otro día el de los que han ido a Europa y el de los que han ido a los Estados Unidos; este martes hay un grupo de los que han sufrido una operación quirúrgica y el de los que han sido operados en Rochester por los hermanos Mayo y aquel de los que han sido operados en Panamá por el Dr. Herrick. ¿A qué decir que en las controversias que se arman, las personas que apenas han sido operadas en unas de nuestras humildes Clínicas, no se atreven a abrir la boca y se sienten humilladas?

Estas conversaciones sobre operaciones quirúrgicas son muy curiosas. Por ejemplo, el matrimonio Martínez-Fernández divide su vida en dos eras: antes de haber ido a Rochester (como quien dice Antes de Jesucristo y Después de Jesucristo); y siempre uno u otro halla la manera de traer a colación el viaje a Rochester. Las señoras sienten un especial deleite en hablar del tamaño de la propia herida y del tiempo que duró la operación.

Una describe su herida del tamaño de un jeme y su operación que duró dos horas y media; el Dr. Herrick se llevó un susto atroz porque creyó que se les había ido a la otra vida. Las operadas en Rochester hablan siempre de heridas del tamaño de un botón corriente por la cual estos hermanos Mayo que son como magos, han sacado hígado, bazo, riñones e intestinos, les han raspado las adherencias

y han vuelto a meter las entrañas por el mismo agujerito, y luego una cicatriz invisible, unas puntaditas chiquititas. No es como esos chambones de aquí que creen que están cosiendo yute. Una matrona muy ignorante pero muy respetable y que además ha ido a Rochester, refiere que los hermanos Mayo le sacaron el cerebro a su hijo Felipe, es decir, lo vaciaron en un vaso como quien vacía un huevo, luego lo lavaron con unos ácidos y se lo volvieron a acomodar y ahí está Felipe frente a los negocios.

Cuando se trata de viajes, el Dr. González Cothnejo y su esposa Soledad, son los reyes de la conversación. Nadie ha hecho lo que ellos: darle la vuelta al mundo y visitar la India y el Japón. Lo que no cuentan es de dónde cogieron el dinero para hacer este viaje. Pues no se trata de nada deshonoroso, de ningún robo: el Dr. González Cothnejo vendió el café de sus beneficios ganándose el ciento por ciento, mientras pagaba a sus peones salarios de hambre. Y marido y mujer se dieron cuatro gustos: la travesía la hicieron en un magnífico barco, en pasaje de primera de primera. Cuando Soledad, que es mujer de mucho hablar, coge la palabra sobre este tema, no la suelta así no más y siempre se refiere a las mismas cosas: que su marido cazó tigres en la India con un *rajah* y las *geishas* por aquí y las pagodas por allá.

Después, cuando ya cada mochuelo está en su olivo, todas estas gentes se comen unas a otras: los invitados censuran ciertas contravenciones de los huéspedes en lo tocante a las reglas que hay para servir el té como lo sirven las personas de educación esmerada: la familia que ha ofrecido el té habla de la voracidad de ciertas señoras que creyeron que todos los sándwiches, quequitos, frutas azucaradas, etc., eran para ellas nada más. Entretanto los criados de esta familia de dinosaurios, sudan la gota gorda dejando todo limpio y en su lugar. Generalmente lo que les toca son las boronas que han quedado en las bandejas y en los platoncitos y canastitas de cristal tallado. Y ¡ay de aquel que quiebre una pieza! Y mañana bien temprano a que la lavandera lave la mantelería de lino bordada y calada a mano con todo primor. Si la señora no le paga el trabajo con puntualidad, la mujer esperará. Estas damas del aristocrático barrio tienen tantas cosas en qué ocuparse, que no es posible atender también las exigencias del servicio. Mañana también en esta casa en donde se dio el té del cual hablarán los periódicos de la ciudad en su sección de MUNDO SOCIAL o NOTAS DE GRAN MUNDO, entrará el basurero por adentro y toda la gente que la familia de los dinosaurios considera que no es “decente”, y el hombre se llevará en su carro las basuras y suciedades que quedan en una casa aristocrática después de una fiesta a la que han concurrido solamente personas distinguidas.

V

SILUETAS

Es una pareja sin hijos, riquísima. Ambos son bajitos, regordetes, de aspecto ordinario, a pesar de la sangre azul que corre por sus venas y de los frecuentes viajes que han hecho a Europa y a los Estados Unidos. Varias veces han ido a Roma y el Papa les ha echado su bendición. No es posible verlos sin pensar en esas alcancías de barro de olla, en forma de chanchito, fruto de la alfarería nacional, unos chanchitos con la respectiva oquedad tan llena de monedas de oro, que ya no queda campo ni para un grano de arena. Los dos son biznietos del viejo José Manuel Conejo.

Poseen una magnífica casa en el barrio, casa con amplios salones y corredores, fuentes y bancas de azulejos, *hall*, arcos, columnas, pajarera, colección de orquídeas de cinco mil dólares, colección

de peces, una capilla en donde se rinde culto especial a San Judas Tadeo, aquel que en su novena protesta de que se le confunda con Judas Iscariote; un jardín con plantas extrañas, la tierra de cuyos arriates ha sido traída expresamente de no sé dónde y cernida. Hay en este jardín una colección de begonias que la señora riega cada mañana con un pichelito de plata.

La señora reparte su tiempo entre el culto a los santos, su amistad con el señor obispo, las flores y los perros. El marido comparte con ella la afición a los perros.

A él le ha llegado un perro danés que vale como cuatro mil colones y a ella uno de esos perritos chinos que ahora están de moda entre las damas esnob o entre las damas anormales o solteras, animalillo por el que diera quinientos dólares. El can danés y el pequinés han ganado un gran montón de medallas en las exposiciones de perros.

El danés se llama Raleigh. Raleigh trajo consigo del extranjero un estuche con un cepillo y un peine para alisarle y darle brillo al pelo y un aceite especial para purgarlo o alimentarlo, no recordamos bien el uso. Cada mañana la cocinera prepara especialmente un tazón de avena con leche para el danés.

El perrito pequinés es una monada, un encanto, un bibelot, como dicen las señoras que lo contemplan. Una preciosidad negra de pelaje finísimo y brillante, con una carilla de sapo que vuelve loca a la dueña. Cuando Bombón está echado en un sofá o sobre un almohadón, con los ojillos saltones reluciendo entre el brillo de la piel, las damas suelen prorrumpir en pequeños gritos de admiración histérica y le hablan como le hablan las madres a los niños consentidos y lo besan. Todos los días pasa el carrito de los dulces helados, Bombón solo le gustan los de fresa en canastilla de pasta de barquillo. Come en la mesa, al lado de la señora, y no puede ver que esta acaricie al gato Angora o a su marido, porque se pone furioso y gruñe enseñando sus dentezuelos de ratón. A menudo marido y mujer representan la escena delante de las visitas para que estas gocen con los celos del perro. Entre los deberes de Agustín el negro, está el de sacar a Bombón todas las mañanas de paseo. Antes de salir, la señora amonesta al negro para que no permita que esos perrillos ordinarios se acerquen a olisquear a Bombón. Cada mañana, entre nueve y diez, los vecinos del barrio pueden gozar del espectáculo que presentan Agustín y Bombón: aquel bien vestido, echando para atrás, el rostro y los zapatos despidiendo reflejos al sol, en la diestra un extremo de correa finísima a la que va atado Bombón sonando su cascabelito de oro y moviendo su aristocrático trasero pequinés se detiene y levanta una patita cerca de una pared o se pone a hacer equilibrio en sus cuartos traseros, y mientras el animal hace sus necesidades como todo mortal plebeyo o aristocrático, el negro Agustín espera pacientemente mirando hacia el cielo o hacia las montañas. La verdad es que miles de niños en todo el país se tomarían la centésima parte de las comodidades de que gozan Bombón ¡Qué bien les caería tomar diariamente a los chiquillos de los peones de la finca de café que nuestro matrimonio posee en Tres Ríos, un plato de avena con leche parecido al que Raleigh se toma cada mañana! Olvidaba contar que en las tardes sale la señora a pasear a Bombón en su Packard, y cuando ella está acatarrada y no puede salir, entonces manda a Agustín el negro a llevar a Bombón a dar un paseo en automóvil. Olvidaba también contar que Bombón tiene sus pijamas de seda, su sobretodo para cuando hace frío y que duerme con la señora. Un día el niño de la cocinera puso el pie, por descuido, sobre una patita de Bombón. El perro chilló y la señora salió despavorida de la capilla en donde estaba en oración. Al saber lo ocurrido lanzó imprecaciones contra el torpe, a quien la madre horrorizada había cogido a moquetes. Luego hizo que lo pusieran de rodillas en la puerta de la cocina. ¡Esa gentuza que no sabe tratar aun animal que ha costado cientos de dólares! Así son. ¡No les vale vivir entre la gente!...

Las bodas de Raleigh con Copy, la perra de los García-Fishy, cuyo valor es de mil dólares, fue todo un acontecimiento entre la gente del barrio aficionada a la cría canina. Se celebró en la finca de Tres Ríos y los dueños ofrecieron una fiesta en la que se brindó con **champagne**. Valía la pena poner cuidado a las conversaciones que en esos días precedentes o que siguieron a la cópula perruna, tuvie-

ron lugar en torno a algunas mesas de té o en las habitaciones familiares del barrio. Doña Martita, el ama del danés, hacía hincapié en el modo de hacer el amor los perros de raza, tan diferente a la vulgar de los perros ordinarios. Lo que ignoraba la aristocrática señora es que Raleigh logró escaparse una vez de los encargados de vigilarlo en la finca y se fue con una criatura que está por encima del bien y del mal, a enamorar a Camelia, la perrita de un peón, un pobre animal a quien se le podían contar las costillas, tan sucio que no se sabía su color de origen y con sus parches de sarna. En más de una ocasión, el patrón procedió como Raleigh, con las hijas de los peones.

Esta familia Valdés-Quesada había sido un fermento delicioso en el barrio. Al principio de su llegada aquel *sancta-sanctorum*, fue como sal y la pimienta de las conversaciones insulsas que tenían lugar en los saloncillos íntimos o en torno a las mesas de té o de juego. Después aquel conjunto de personas distinguidas se fue acostumbrando y los más conservadores, por el buen nombre del barrio, procuraron olvidar lo que pudo haber de anómalo en la vida de la señora Valdés.

Él, un fulano Valdés, ecuatoriano o peruano, no estamos seguros de su nacionalidad, sujeto de gran renombre como abogado internacionalista, es decir, como persona que sabía enredar o desenredar, según su conveniencia personal, cuando litigio oscuro se presentara entre diferentes Estados.

Contaban que había dejado mal parada a su propia patria en todos los pleitos entablados entre el Estado y fuertes compañías extranjeras que lo habían elegido a él como abogado. Por supuesto que en todas estas aristocráticas trampas ganó mucho dinero y renombre: si hasta fue Ministro de Relaciones Exteriores, Ministro Plenipotenciario de su país en Washington, París, Londres, candidato para la Presidencia de la República y representante en la Sociedad de las Naciones. Ahora hacía de administrador general en Costa Rica de una poderosa compañía yanqui de utilidad pública, es decir, una especie de virrey. Se trataba de un trust norteamericano cuyo hilo principal era manejado por la Casa Morgan, trust que desarrollaba sus tentáculos en todos los países de América Latina.

A menudo, estas compañías yanquis se valen, para accionar en los países latinoamericanos, de individuos latinoamericanos inteligentes que conocen bien las debilidades de nuestros pueblos, para cogerlos a través de ellas. Es claro que tales individuos tienen que ser personas sin escrúpulos, con la conciencia en venta. Contaban de nuestro internacionalista que era de origen muy humilde y que había llegado adonde había llegado, gracias a sus esfuerzos. ¡*un self made man*, auténtico!, un fruto del individualismo. Personas que lo conocieron en Nueva York, decían que su esposa, una antillana guapísima, había sido mujer de lo que la gente que se cree buena, llaman de la mala vida; decían también que la hija mayor, una muchachita de unos nueve años, no era hija de Valdés.

Cuando el abogado internacionalista trató de venirse a vivir con su familia al barrio, hubo sus conciliábulos, sus idas y venidas y sus hablillas. Fue aquella época muy interesante para los distinguidos vecinos. No hay nada más suculento para la fantasía que el honor del prójimo. Y Valdés se vino a habitar dentro del tabernáculo, a pesar de su origen humilde, sin árbol genealógico ni escudo; a pesar de la vida de su mujer, pues se trataba de vender a la citada Compañía, de la cual Valdés era administrador general en Costa Rica, un inmenso latifundio de los herederos de José Manuel Conejo, y claro, estos herederos no se iban a parar en el origen del abogado internacionalista ni en pulgada de más o de menos en la honra de su esposa, a pesar de que el abuelo Fishy era descendiente de señores de horca y cuchillo. A ellos lo que les interesa era que la compañía les comprara el latifundio. Por eso cuantos iban a sacar tajada en el negocio, fueron a visitar a la familia Valdés a la cual le llovieron invitaciones del barrio para tés, comidas, etc. Teresita Cothnejo Alvarado, hija del Cothnejo que había de salir mejor parado en el negocio del latifundio, fue en una ocasión a servir de manicurista a la señora Valdés, y las manos pecadoras salieron de entre las manos de la inocente niña, como unas flores acabadas de cortar.

VI

Más siluetas

La miseria retuerce los miembros de la gente, los ennegrece y los afea como lo hacen el calor, la humedad y los golpes con los pedazos de hierro y de madera que andan rodando.

Pero la comodidad y el egoísmo adinerado también hacen fantasías horribles con los seres humanos. Dijérase que les caricaturizan la grasa.

No sabe uno qué produce una sensación más opresora: si la piel ennegrecida por la intemperie y en pliegues y arrugas, sobre los huesos, la palidez cadavérica del desnutrido, la quietud de los niños hambrientos que miran con unos ojos en los que parece que está oscureciendo; las encías sin dientes; los senos flácidos de las madres pobres que han amamantado a muchos hijos; o las papadas y barrigas que modela el ocio próspero, la sonrisa que hace relampaguear con satisfacción los caminos del hombre de negocios, la expresión de estúpida satisfacción de las mujeres rodeadas de comodidades.

La mayor parte de las casas del barrio Cothnejo-Fishy, hace pensar más que en moradas de criaturas inteligentes, ya en soperas de porcelana cara en donde los diferentes miembros de la familia nadan como albóndigas de solomillo bien molido y aderezado sabrosamente, ya en dulceras de fino cristal dentro de la cuales las personas pasan la vida como higos azucarados.

En una familia que recuerda a los animales prehistóricos, a esos dinosaurios de sesenta pies de largo, de carne fofa y movimientos pesados.

¡Es increíble cómo han acabado por parecerse este marido y esta mujer! Las mismas ambiciones, los mismos prejuicios han ido dando una forma semejante a los miembros de ambos. ¡Ay, Dios, y cuánta carne tonta sobre esos esqueletos! Sí, así se deben haber movido los dinosaurios de la edad de los reptiles.

Jamás salen a pie, solo en automóvil. Tienen dos carros: un Packard de la señora para servicio de las mujeres y una preciosa cuñita para los muchachos. Tanto a los padres como a los hijos les tiemblan las carnes de un modo muy desagradable cuando ruedan repantigados en los almohadones de su vehículo.

No son gente de abolengo distinguido y por lo tanto procuran olvidar a sus antepasados. Los glóbulos azules han comenzado a aparecer en la sangre de nuestra pareja. Los abuelos eran gente pobre y humilde. Sin embargo, ya la madre de la señora que tenemos en el lente tenía sus humos. Casó con un escribiente de alcaldía o juzgado, que en el engranaje de la justicia había aprendido a enredar pleitos. Ella hizo poner una placa con su nombre en la puerta: "Juan de Dios Frutos, Abogado". Estas personas, que sin ser médicos ponen placa con su nombre en la puerta, forman un grupo muy característico del reino animal. Indudablemente tienen una gran idea de sí mismos. La señora Frutos comenzó a demostrar sus aficiones hacia lo empingorotado, dándole a los pisos de la casa con cera y haciendo al marido vestirse de levita. Todavía recordamos a la mujer esta, armada con el palo de piso borrando las huellas

que dejaban los pies descalzos de los clientes de su esposo, casi todos campesinos, a quienes este engañaba haciéndose pasar por abogado. Puso a su hija en una escuela de la ciudad frecuentada solo por muchachitas de alto rango, y trató de que tuviera contacto nada más con niñitas decentes. En los días del cumpleaños de la chiquilla echaba la casa por la ventana, pero a la fiesta solo concurrían las compañeras de su hija de buena familia.

Había averiguado el día del santo o del cumpleaños de las niñas de la aristocracia del barrio para que su hija obsequiara con un queque, una alhajita o una caja de confites. Después ella misma logró ingresar en la Sociedad de San Vicente de Paúl y en otras cofradías en donde pudiera ofrecérsele la ocasión de hacer amistades con las damas caritativas de la alta sociedad que por estos medios tratan de comprarse su asiento en la platea celestial. A simple vista se les veía a la madre y a la hija los esfuerzos que hacían para subir humillándose hacia donde ellas creían que residía la grandeza humana. Daba lástima sorprenderlas prodigando alabanzas, la lengua envuelta en miel, a las personas que consideraban por encima de su posición. No olvidamos el gesto ambicioso que tenían en una ocasión en que las encontramos atisbando por las ventanas de un club aristocrático una fiesta a la cual no habían logrado ser invitadas. Y había que oír las, censurando con rabia, a las que como ellas, se esforzaban por ascender hasta el peldaño de la escala zoológica en donde la tontería humana coloca los altos valores sociales. Por fin la muchacha, que era guapa y fresca, contrajo matrimonio con un joven de porvenir, un abogadito sin escrúpulos, cuya ambición era llegar a viejo por el camino más cómodo... Se casaron y comenzaron su carrera hacia la meta en donde habían puesto todas sus esperanzas: figurar al fin entre la aristocracia de la ciudad. Él, gracias a la elasticidad de su conciencia, conquistó la simpatía de muchos personajes adinerados y por último consiguió ser el primer abogado de una compañía extranjera que pirateaba en el país secundada por el gobierno, por muchos diputados y por los individuos más conspicuos del lugar. Por cierto que la alta personalidad que lo empleara, la gran influencia y el prestigio de que gozaba en el país, para dejarlo atado de pies y manos a merced de la rapacidad de esa compañía yanqui, fue declarado benemérito de la patria a la hora de enterrarlo. Tal ejemplo como es natural alentó mucho a nuestro abogadito para seguir un camino que conducía al benemeritazgo.

Se fueron a vivir al barrio Cothnejo-Fishy, a pesar de que los vecinos que se creían más próximos descendientes del rey David, murmuraban un poco en donde no pudieran ser oídos, registraron en la ascendencia de los recién llegados, y sacaron la conclusión que no eran animales de pedigrí, pero que iban en camino de serlo.

Compraron una casa de estilo colonial, estilo que en esos días estaba de moda porque en los Estados Unidos también lo estaba, con azulejos, tejas de barro, farolitos con adornos de hierro colado en la entrada, rejas voladas en las ventanas, etc., etc.

Hicieron tantos convites, la señora daba té tan chic, sabían quedar bien con todo el mundo, que pronto el barrio olvidó que no tenían pedigrí. Bueno, sucedía con frecuencia que nuestra familia se estaba varios meses sin arreglarle la cuenta a la señorita peluquera que iba a cortar el pelo a la señora o a los niños (era de buen tono en el barrio no ir a la peluquería sino que el peluquero fuera a la casa a arreglar cabezas), o que por fin le negaran todo derecho a cobrar, y el servicio no era pagado con regularidad y lo alimentaban muy mal con los sobros de la mesa. Pero ¡ay de la cocinera si no tenía las comidas a la hora señalada o si la pobre muchacha de adentro no dejaba los pavimentos del mosaico o los pisos de madera como espejos!

Los niños eran como casi todos los niños del barrio, criaturas en las que la grasa comenzaba a apoderarse no solo de los tejidos del cuerpo sino de la inteligencia. Los adultos que los rodeaban los iban modelando a su imagen y semejanza. En general, los niños del barrio Cothnejo-Fishy hacían pensar lo mismo que los jóvenes y los viejos, en las figuras de los dibujos de Gross, el caricaturista de la burguesía alemana. Cuando uno mira a los niños hijos de los vecinos del barrio Cothnejo-Fishy, siente

un escalofrío producido por el otro extremo del sentimiento que lo escalofría también cuando está en presencia de los niños harapientos que se confunden con los terrones de los caminos.

Es hermana de la dueña de Bombón, una viuda riquísima, muy entrada en carnes que posee una papada estrambótica y un seno muy desarrollado que podía servir de escritorio en caso de apuro y que constituye la mortificación de su dueña que ha visto en ello siempre motivo de tentación.

Cuando muera dejará su fortuna a no sé qué iglesia. Entretanto hace espléndidos regalos a los templos y al señor obispo. Las hebillas de oro que el ilustre prelado luce en unas zapatillas son un regalo de ella. Hay dos ventanales magníficos en una iglesia que también son un presente de esta buena señora: una Santa Lucía con un traje color violeta y un platón en las manos con los ojos que se sacó para ofrecerlos al tirano hereje a quien inquietaba la belleza de sus pupilas, y en el otro ventanal una Santa Lucía o un Santa Águeda, no recordamos bien, con los senos en una bandeja. Parece que la Santa se los cortó con sus propias manos para quitar al idólatra que la perseguía un motivo de tentación. Probablemente la donante habría querido hacer lo mismo con los propios.

Cada martes la entrada de la lujosa mansión se veía afectada con la suciedad y los harapos de una multitud de pordioseros. El martes era día destinado por la señora para repartir limosna. Les daba un bollo de pan y una candela. La señora compraba las candelas al por mayor para este menester.

Dicen que a veces agregaba un cinco. Los mendigos se peleaban por coger campo y por recibir el bollo, la candela y la monedita de ínfimo valor.

Desde que comenzó a agitarse la cuestión del comunismo, la señora suele salir y exhortar así a los pobres:

—¡Cuidado con el comunismo! Eso es cosa del diablo. Vamos a ver, ¿qué harían ustedes los pobres si no tuviéramos nosotros los ricos para darle limosna?

Todos los vecinos del barrio dicen con unción que doña Lupita es una santa.

1923

3/ Las nubes

La única fuente que cita este texto es González A., Ma. Nidia. (1996). *Carmen Lyra: Una voz callada*. Tesis de Maestría en Literatura. Sistema de Estudios de Posgrado. Universidad de Costa Rica, p. 366. Según este estudio, fue publicado en la Revista *Acción Cívica*, serie III, no. 7, Tegucigalpa, Honduras, agosto de 1926. Esta versión ha sido tomada de la recopilación de González.

Las nubes

Sobre el cielo del atardecer pasaban y se deshacían las nubes y las cumbres de la serranía estaban cubiertas de ellas.

Durante mucho rato contemplé la fuga de las unas y el reposo de las otras.

De pronto comprendí con desconsuelo que no eran ya para mis ojos, monstruos, danzarines, pájaros, torres, carros, animales, como lo fueron antaño, cuando mis ojos estaban engastados en mi cabeza juvenil como dos piedras mágicas que todo lo metamorfosean a su contacto, según el anhelo del corazón. Ahora la imaginación, cansada y macerada por la experiencia, murmuraba avergonzada de su saber, mientras las nubes pasaban sobre mi cabeza: son cerros, son túmulos...

Y mi fantasía colgaba enjuta de mi espíritu, como un racimo de uvas al que hubieran exprimido su jugo capitoso.

4/ Palco de platea en el cielo

Este texto se incluye en Lyra, Carmen. (1977). *Relatos escogidos de Carmen Lyra*. (Prólogo, estudio y selección de Alfonso Chase). San José: Editorial Costa Rica, pero no se le asigna la fuente, únicamente se apunta la fecha de 1936. No se sabe de dónde procede.

Palco de platea en el cielo

Hay que ir a buscar a las pantaloneras y camiseras al Barrio Keith, por la constructora o bien por Luna Park o por Hatillo. Las hemos topado subiendo la cuesta del María Aguilar; bien abrazadas de su pila de camisas o de pantalones, sudorosas pero sin demostrar su cansancio.

Esas trabajadoras que vamos a buscar hoy, viven en uno de esos barrios populares, de casas sucias y oscuras e incómodas en la periferia de la ciudad. Son como las nueve de la mañana, y ya el ambiente está lleno de música de **foxes** que muelen las radios de las pulperías; juegan chiquillos mugrientos en las aceras y hay mujeres que regatean en torno de carretas llenas de carbón. En este barrio viven en promiscuidad gentes trabajadoras y mujeres de la vida. Unas y otras se ganan la vida como pueden. Pasamos frente a zapaterías, barberías, chinchorros, aquí se venden tamales, allá se da de comer y más allá hay un humilde tallercito de anafres y calentadores. Esta es la casa en que siempre que hemos pasado hay una mujer aplanchando. Hoy no está a un ladito del umbral la plancha de carbón que tantas veces nos hiciera pensar en un elefante de juguete en que el penachito de humo que sale por la boca hace de trompa. Al pasar frente a la puerta vemos en lugar de la tabla de aplanchar, una mesa sobre la que hay un ataúd blanco. Es que a la aplanchadora se le ha muerto un niño de diez años: se le murió de tifoidea en el hospital. Hoy está descansando la plancha de vapor.

Llegamos a donde nos habíamos propuesto. Entramos.

El piso limpio, los muebles sin polvo. Dos banquitos de madera y la máquina Singer. En las paredes unos cromos y unas fotografías. En una esquina una cama tendida con esas sobrecamas de telas ordinarias y dibujos pintados que venden los polacos con acompañamiento de funda y que ahora encontramos en todas partes.

Son madre e hija. La madre una de esas mujeres delgaditas, de acero, sobre cuya espalda estrecha descansa el peso de toda la familia; la muchacha, una criatura marchita prematuramente por la pobreza, ya sin dientes. Las dos limpias. Con lo que ambas ganan, pagan doce colones de alquiler de casa y alimentan seis bocas.

El ruido de la máquina llena el ambiente y una siente que en torno de este ruido gira la vida de la familia. Tienen muy cuidada su máquina; se echa de ver enseguida que la tratan con consideración. La hemos visto los domingos cubierta con una camisa de zaraza muy limpia.

Las miramos trabajar. La madre forma un solo cuerpo con su Singer: los dos pies pobremente calzados mueven el pedal; giran las ruedas, brinca la aguja como si estuviera

jugando la patita renca y corre el piececito incansable del metal, sobre la tela que sostienen las manos y vigilan los ojos. ¡Cuántos kilómetros lleva recorridos este pie! ¡Cuántas leguas de hilo han pasado por estas piezas del brazo y por el carrusel que se mete en su cuna de acero como si nada hiciera!

La madre es la que habla. –Aquí estamos dándole desde las siete de la mañana a la costura. Yo estoy con influenza pero los pobres no le hacemos caso a la influenza.

-¿Hasta qué hora trabajan?, -preguntamos.

-Hasta las diez de la noche para sacarnos dos docenas y un poco más. Aquí a la par viven dos hermanas que se hacen tres docenas de camisas al día, pero las dos tienen quince años de práctica.

Pensamos lo que significan quince horas de trabajo. Tanto luchar en el mundo por la jornada de ocho horas y en cuántos lugares de la Tierra la gente tiene que trabajar quince y más horas para sacar un mísero salario que no alcanza ni para reponer una quinta parte de la fuerza gastada.

Nos cuentan que no se levantan más que para hacer sus necesidades y que almuerzan y comen allí mismo en la máquina tragándose los bocados.

-¿Y cómo pagan?

-La camisa a un colón cincuenta y dos colones la docena. Los polacos pagan más mal, a uno veinticinco y hasta un colón la docena. Esos polacos son verdaderas sanguijuelas de camiseras y pantaloneras. En los pantalones ganamos dos cincuenta y tres colones la docena. Los polacos pagan solo dos colones.

-¿El hilo lo da el patrón?

-Solo una carrucha de hilo para la docena de camisas, pero no alcanza con eso y tenemos que poner hilo de nuestra bolsa.

La muchacha nos cuenta que tienen que entregar las piezas con ojales, botones y aplanchadas.

La madre comenta: -Bueno, eso por sabido se calla. ¿Cómo se van a entregar las piezas sin aplanchar?

La hija replica: ¿acaso ellos nos dan para carbón?

Nos informamos acerca de la máquina.

Las dos mujeres nos hablan con cierta emoción de su Singer, y al hacerlo le dirigen miradas de cariño. Sin ella la vida sería más dura...

Muy buena su máquina. Ha salido número uno. Les costó C 525 y dieron C 30

al contado y luego siguieron pagando tres setenta y cinco por semana. Las que cosen en donde Reimers sacan su máquina de allí mismo. Ellas salieron de su jarana en tres años. Muchas veces se vieron a palitos, cuando la madre estuvo enferma un mes y luego cuando ha escaseado el trabajo; entonces han tenido que empeñar hasta el modo de andar. Pero gracias a Dios ya no deben nada ni un cinco de la máquina. Sucede que se pierde la máquina así que se ha pagado cien y doscientos colones como le ocurrió a una vecina que ya llevaba pagados doscientos colones cuando se enfermó de gravedad y tuvo que irse al hospital. ¿De dónde iba a coger la pobre para seguir abonando? ¡Hubiera visto el día que vinieron por la máquina...! ¡Daba compasión!

La mujer salió a la puerta a ver irse su máquina... ¡Lloraba como si se le hubiera muerto alguien y las criaturas daban gritos también agarrados a las enaguas de la madre!

Me contaron que ellas se habían hecho también de una máquina de hacer ojales que les costó noventa colones. ¡Estas pantaloneras son unas potentadas!

-Lo malo es que ahora no alcanza lo que uno gana, con los frijoles de color a dos setenta el cuartillo y el arroz a treinta. Ya ve cómo le damos al trabajo, pero como somos mujeres solas y tenemos que mantener cuatro criaturas hay día que no alcanza ni para el café de la mañana y los chiquillos tienen que irse a la escuela sin el café, vacíos.

Les preguntamos si ellas creen que hay que resignarse con esa vida. Nos contestan que eso dice el cura los domingos desde el púlpito.

De camino vemos sobre la cruz de la ermita de los Ángeles flamear la bandera monárquica. ¿Por qué aconsejan los curas a los pobres que se resignen con la miseria y ahora ellos están contentos con que los ricos en España no se resignaran a perder parte de sus tierras a fin de que los pobres campesinos de por allá tuvieran también en donde cultivar? Y celebran con misas y bombetas el triunfo del egoísmo de los rebeldes y guardan un complacido silencio cuando matan trabajadores en las plazas de toros y los ametrallan.

Sí, que se resignen los pobres son su vida triste y humillada a fin de que los ricos gocen en paz sus privilegios. Toda la vida ha habido ricos y pobres. ¿Qué importa que haya mujeres que trabajen 15 horas para ganarse tres colones? ¡Cómo les dolerá la espalda a estas mujeres después de haber estado quince horas agachadas sobre la máquina?

Pero hay que resignarse. Toda la vida ha habido ricos y pobres. Los pobres sirven para que los ricos den limosna y se ganen de este modo un palco de este modo un palco de platea en el Cielo.